

ACTO INSTITUCIONAL DEL BICENTENARIO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA 12 de febrero de 2008

Alteza:

Iniciamos con este acto la conmemoración de un aniversario importante. En 2008 se cumplen dos siglos del inicio de la que –años más tarde- llamamos Guerra de la Independencia española.

Revolución, levantamiento, resistencia..., como quiera que en su momento lo llamasen, los seis años de confrontación que transcurrieron entre 1808 y 1814 constituyen un periodo crucial en nuestra historia.

La guerra europea en que debemos enmarcarlo fue el último gran conflicto internacional vivido por España. La de entonces fue también la última ocasión en que nuestro suelo se vio ocupado por una fuerza extranjera.

Lo evocamos ahora en compañía de las representaciones institucionales de Francia, de Gran Bretaña, de Polonia y de Portugal, países a los que reconocemos como grandes amigos y aliados.

Y, al conmemorarlo, no venimos a enaltecer victorias ni a sublimar derrotas. Acudimos para honrar, con respeto indudable, a quienes nos precedieron; nos asomamos al pasado en beneficio de la memoria, recordamos en pos de la verdad, de un conocimiento cada vez más provechoso de nosotros.

Ahora precisamente, nos encontramos en fechas y en lugares señalados.

200 años atrás, en febrero, las primeras columnas procedentes de Francia cruzaron los Pirineos entrando en territorio peninsular camino de Portugal. Lo hacían al amparo de lo acordado en nombre de Napoleón y de Carlos IV, en el segundo tratado de Fontainebleau.

La pronta toma de la Ciudadela de Pamplona y de los fuertes de Barcelona (la Ciudadela y Montjuich), el destacamento de 60.000 efectivos nada menos, y el nombramiento de Murat como su general en jefe, eran indicios de lo que ya comenzaba a prefigurarse como una ocupación peninsular.

De aquellas circunstancias, y en dirección hacia lo que serían luego las abdicaciones de Bayona, traerían su causa los famosos sucesos en torno al 2 de mayo en Madrid.

Estamos, como decía, en un lugar privilegiado para su recuerdo. Mucho antes de Bailén, cuyo nombre también lleva esta calle, en estas plazas y en sus alrededores, se produjeron aquellos levantamientos, luego generalizados.

A un paso de aquí, en la montaña del Príncipe Pío, fueron los fusilamientos que pintase Francisco de Goya. Más abajo, también muy cerca, en el Cementerio de la Florida, descansan los restos de estos personajes inmortalizados.

Naturalmente las generaciones posteriores no estamos amarrados a la memoria de igual modo, pero somos herederos de mitos y sentimientos edificadas sobre ella. De los sucesos de estos años abundan las huellas legendarias construídas a lo ancho de nuestra geografía. La importancia que la contienda tuvo en la definición del sentimiento nacional español es conocida. Son muchos sus vestigios históricos convertidos en símbolos.

Fueron unos tiempos intensos en los cuales también se comenzó a escribir la accidentada historia del constitucionalismo español. Pero la Constitución de 1812 duró poco. Eran los comienzos difíciles de un siglo convulso y difícil para España.

La conmemoración impone que dirijamos la vista hacia una sociedad que ya no existe, pero en donde estuvo larvado un futuro que, en parte, llegó hasta nosotros. Aquella sociedad del pueblo llano y de las élites ilustradas, con afrancesados y castizos, de absolutistas y liberales, tradicionalistas y modernizadores...; los inicios, en fin, de la edad contemporánea en España.

En los éxitos y fracasos de aquel siglo XIX hay contenido mucho de lo que somos y también de cuanto, consciente y voluntariamente, hemos dejado de ser.

Hoy, 200 años después, los españoles apostamos por sentimientos de cohesión positivos, no sustentados en el recelo hacia el vecino ni en el miedo al diferente.

Ahora nos sentimos unidos –entre nosotros y con los otros- por valores que han triunfado al cabo de este tiempo y compartimos; por los propósitos de felicidad y bienestar que la Constitución de Cádiz indicaba como fines del Gobierno y de la sociedad política; unidos por los principios de libertad, igualdad y fraternidad lanzados desde Europa, irreversiblemente, hacia la humanidad.

Desde ellos miramos hacia el mundo, conscientes de vivir en una sociedad planetaria que reclama solidaridad y cooperación, respeto para todos y grandes alianzas.

Alteza:

Queremos que la conmemoración del Bicentenario de la Guerra de la Independencia española nos haga comprender algo mejor lo que fuimos y nos acerque más aún a lo que somos.

Queremos que resulte una celebración inteligente y sin grandes pasiones; con la tributación moral que nos corresponde hacer a quienes dieron sus vidas; con la justa gratitud que debemos a cuantos hicieron algo positivo, lo que fuera y quienes fueran.

Gracias por su compañía y por su atención.